

# El movimiento obrero en el sexenio echeverrista

por *Magdalena Galindo*

LA insurgencia popular que se desata en el sexenio echeverrista obliga a los teóricos marxistas y a los revolucionarios a dedicar esfuerzos al estudio de los movimientos populares y del movimiento obrero en particular. Estas breves notas forman parte de una investigación dedicada precisamente a los obreros industriales, que intenta, al menos, participar en el trabajo colectivo de conocer a la clase obrera mexicana. Próxima a publicarse como tesis en la Facultad de Economía, remito a ese texto al lector interesado, pues aquí he omitido, en beneficio de la brevedad, las tablas estadísticas y la información cronológica.

## *La estructura del empleo*

Según las distintas publicaciones oficiales puede afirmarse<sup>88</sup> que en 1970, al iniciarse el sexenio de Luis Echeverría, el total de obreros en México se acercaba a la cifra de un millón 900 mil, de los que sólo un millón 300 mil eran trabajadores industriales. En cuanto a su

distribución, los cinco grupos con mayor peso en el empleo son manufactura de productos alimenticios, fabricación de textiles, fabricación de calzado y prendas de vestir, fabricación de productos metálicos y, por último, fabricación de sustancias y productos químicos. Estos cinco grupos, en conjunto, emplean el 52 por ciento de los obreros ocupados en la industria.

Si atendemos a una clasificación más detallada que la de grupo, la de rama industrial, puede señalarse que las 10 principales, que emplean poco más del 25 por ciento del total de obreros ocupados, son las siguientes: petróleo (con 46,885 obreros), confección de ropa exterior, excepto camisas (39,755), elaboración de refrescos y aguas gaseosas (35,253), fabricación de azúcar y otros productos de ingenios (32,174), industria eléctrica (31,226), fabricación de pan y pasteles (30,937), hilado, tejido y acabado de algodón (29,142), materiales de plástico (27,486), fabricación de calzado (27,088),

impresión, litografía y encuadernación (25,058).

Por lo que se refiere al empleo a nivel regional, las ocho entidades con mayor número de obreros ocupados son el Distrito Federal, el Estado de México, Nuevo León, Jalisco, Veracruz, Puebla, Guanajuato y Coahuila.

En cuanto a la concentración industrial, resulta más breve la presentación del cuadro 1 en el que hemos dejado una amplia clasificación para observar las diferencias de grado.

Desgraciadamente, los datos publicados por el Censo Industrial no se desglosan en obreros y empleados, por lo que se ha tenido que recurrir al total del personal re-

munerado. Hay que recordar, entonces, que el total de obreros empleados en las manufacturas es de 1.181,793, los que representan un 79.35 por ciento del total de personal remunerado. En el cuadro 1 puede observarse que el grupo con mayor importancia en el empleo es el que hemos llamado mediana industria de mayor concentración, que abarca establecimientos de 101 a 500 personas ocupadas, y que representan en conjunto un 34.29 por ciento de la fuerza de trabajo y un número total de 510,807 personas.

### *El dinamismo del empleo*

Una muestra elaborada por la Secretaría de Industria y Comer-

Cuadro 1

#### EMPLEO POR GRUPO DE PERSONAL OCUPADO

<i>Grupo de personal ocupado</i>	<i>No. de establecimientos con personal remunerado</i>	<i>% con respecto al total</i>	<i>Personal remunerado ocupado promedio</i>	<i>% con respecto al total</i>
Total	62,395	100.00	1,489,284	100.00
Pequeña ind. hasta 5 personas	39,222	62.86	107,016	7.18
Mediana ind. de menor concentración } De 6 a 50 p.	17,820	28.56	291,832	19.59
	De 51 a 100 p.	2,492	3.99	176,829
Mediana ind. de mayor concentración } De 101 a 250 p.	1,796	2.88	283,163	19.01
	De 251 a 500 p.	653	1.05	227,644
Grand ind. De 501 a 750 p.	200	.32	120,720	8.10
De 751 y más p.	212	.34	282,080	18.94

FUENTE: IX Censo Industrial.

cio (ahora Secretaría de Comercio) es útil para estudiar los cambios anuales del empleo, a pesar de algunas deformaciones a nivel de rama. En 1971, el sexenio se inicia con una depresión y el empleo cae un 2.8 por ciento. En los siguientes años hay una ligera recuperación que sólo alcanza un 5.52 por ciento en 1972, un 5.09 por ciento en 1973, y finalmente, en el último año publicado hasta ahora por la SIC, 1974, la tasa llega a 9.92 por ciento. En conjunto, en el periodo 1970-74, si se atiende a la muestra de la SIC, el empleo creció en 18.49 por ciento. Es de esperarse que la realidad del país se quede un poco por abajo de esta cifra, pues la muestra incluye fundamentalmente grandes empresas en las que el empleo es más dinámico.

Esta suposición también es apuntalada al consultar la información preliminar del X Censo Industrial. Aunque todavía no aparece desglosado en empleados y obreros, los datos son representativos, ya que estos últimos significan alrededor de un 80 por ciento de la ocupación total. En los cinco años que dista 1970 de 1975, el empleo industrial solamente creció en 174,508 plazas, que representan un porcentaje del 11.04; este lento crecimiento significa que el desempleo ha crecido inversamente y constituye una causa última de las luchas populares que se manifestaron en todo el país.

Entre los grupos de ramas indus-

triales más afectados están los extractivos, con excepción de la rama del carbón que fue la más dinámica en el lustro. También muy afectadas fueron las ramas productoras de bienes no duraderos. Por el contrario, el dinamismo se presentó en las ramas de maquinaria y equipo y en las de bienes duraderos de consumo.

Por lo que se refiere a la concentración, la crisis económica tuvo como efecto aumentar el empleo en la pequeña y gran industria a costa de la mediana.

### *Estructura salarial*

Hasta ahora hemos tenido que conformarnos con datos sobre los salarios promedios, pues no conocemos (o no existe en el país), ninguna estadística que clasifique a los obreros por niveles de salario. Hay que hacer notar, sin embargo, que tales promedios esconden grandes disparidades y aparentan mayores ingresos para los trabajadores. Aun con esta salvedad, el salario promedio mensual de los obreros fue, en 1970, de apenas 1,224 pesos. Pero aun este ínfimo salario es alcanzado sólo por un pequeño número de trabajadores, pues si atendemos a las ramas industriales puede observarse que 127 ramas, que emplean un 45 por ciento de los obreros industriales, o sea 548,991 trabajadores, presentan un salario menor a 1,200 pesos mensuales. Otro 33 por ciento de los trabajadores industriales percibe un sala-

rio entre 1,200 y 1,600 pesos mensuales. Pero como los salarios más altos de una rama aumentan el promedio, puede afirmarse, sin error, que más del 50 por ciento de los obreros percibían en 1970 un salario inferior a los 1,224 pesos que aparecían como promedio.

A nivel de rama las diferencias son enormes; la de preparación de henequén, que presenta el salario promedio más bajo (322 pesos mensuales), se diferencia más de diez veces de la rama de fabricación de llantas y cámaras en la que se paga el salario más alto de la industria (3,368 pesos mensuales). Aunque hay que aclarar que esta última rama es anómala, ya que se diferencia en casi 1,100 pesos de la que le sigue en cuanto a nivel de salario.

Regionalmente, los salarios también presentan muchas diferencias, aunque en general hay cierta correspondencia entre la magnitud de empleo y la de salario; sin embargo, hay varias excepciones que obligan a no sacar conclusiones apresuradas.

Aunque a nivel de rama industrial hay excepciones, en el país en general existe una correspondencia entre la concentración de la industria y el salario. A medida que crece el tamaño de la planta, aumenta el salario. Naturalmente, este aumento responde a crecimientos del valor agregado. Con excepción de las empresas que ocupan 100 trabajadores o menos, la proporción entre los salarios y el valor

agregado se mantiene en un 40 por ciento. Es decir, aunque aumenta el salario, al presentarse una mayor concentración también aumenta la productividad y la proporción se mantiene. En otras palabras, hay una correspondencia estrecha entre la productividad y el salario, de tal modo que, al parecer, la variable determinante del salario es el valor agregado.

### *El dinamismo de los salarios*

La política salarial del sexenio echeverrista está marcada por el inicio de la crisis económica. Desesperados intentos de evitar la depresión determinan que el gasto público sea fuertemente deficitario y la inflación es el signo de estos años. Empieza a manifestarse en 1973 y acelera su ritmo en 74, 75 y 76. El ingreso de los trabajadores sufre un grave deterioro y el Estado, enfrentado a una crisis política, se ve obligado a encabezar la recuperación de los salarios. Esta opción, sin embargo, consiste en un incremento del salario real que apenas alcanza una tasa igual, o menor, que la de los años de desarrollo estabilizador.

El inicio de esta política se produce el 17 de septiembre de 1973 al concederse el primer aumento de emergencia que representó un 18 por ciento. En ese mes, la burocracia sindical presentó 4,387 emplazamientos a huelga. Al terminar 1973, se fijaron, como correspondía al régimen bianual, los nuevos sa-

larios mínimos que debían regir el lapso 1974-75. Si se suman este aumento y el de emergencia, representan un incremento nominal del 32 por ciento a los salarios generales y del 36 por ciento al salario mínimo.

La inflación obligó al Estado a tomar nuevas medidas, y en septiembre de 1974 se cambió a un año el lapso para fijar los salarios mínimos y para las revisiones de los contratos colectivos y de los contratos ley, en lo que se refiere a salarios en efectivo y por cuota diaria. En este mismo mes los charros y las organizaciones patronales llegaron a un acuerdo que consistió en una simple recomendación de aumento del 22 por ciento a los salarios menores de 5 mil pesos y una cuota fija de 1,100 pesos para los salarios mayores de esa cantidad. En octubre del mismo año la recomendación pasó a obligatoriedad al fijarse un nuevo salario mínimo que significaba un aumento de 22 por ciento en promedio y que regiría hasta diciembre de 1975.

Estos aumentos nominales resultan muy disminuidos al tomarse en cuenta el aumento de los precios. Si recurrimos a la muestra elaborada por la SIC —aunque deficiente y sesgada al alza—, puede notarse que entre 1970 y 1974 hubo un aumento nominal del salario promedio de 66.14 por ciento, pero una vez ajustado con los índices de precios, el salario real sólo alcanza un incremento del 8.09 por ciento. Esta tasa resulta notablemente me-

nor al porcentaje histórico de incremento de los salarios. Los momentos más graves de deterioro de los salarios fueron 1972 y 1973, en los que la tasa fue, respectivamente, de 0.9 y 0.06 por ciento.

Sin embargo es necesario repetir que los salarios promedios y las tasas de incremento esconden las disparidades y ayudan a crear una apariencia de mayores salarios. Lo que significa que dadas las tasas tan bajas que aquí hemos mencionado, los salarios de los obreros se deterioraron fuertemente durante el periodo echeverrista. Pero hay que reconocer que sin las iniciativas gubernamentales, el deterioro hubiera sido notablemente mayor.

### *Los salarios y el empleo*

A nivel general, puede afirmarse que hay cierta tendencia a que un mayor empleo coincida con un menor salario promedio, y viceversa. Este fenómeno tendría una posible explicación en el hecho de que al aumentar el empleo los trabajadores contratados tienen una menor calificación que los establecidos con anterioridad en las plantas, y esta característica los obliga a aceptar menores salarios que pesan sobre el conjunto y disminuyen el salario promedio. En el caso contrario —la disminución del empleo— los primeros despedidos son los trabajadores de menor productividad y, por lo tanto, de menores sueldos, lo que conduciría a un aumento del

salario promedio. Sin embargo, este fenómeno sólo puede señalarse como una de las influencias en el salario, pues numerosas ramas no responden a esta tendencia general. Hay otras variables que determinan el monto de las remuneraciones.

### *Los salarios y la distribución del ingreso*

Sin temor a equivocarse se puede afirmar que durante el sexenio echeverrista los capitalistas lograron apropiarse de una mayor parte del excedente económico creado por los trabajadores. Aun en las ramas que presentaron mayor dinamismo en el salario los incrementos en el valor y en el volumen de la producción superaron con creces el aumento salarial. Entre 1970 y 1974 la rama —de las estudiadas por la SIC— con mayor dinamismo en el salario fue la de preparación de frutas y legumbres; ahí, el incremento del salario nominal fue 815 pesos; el valor de la producción, en cambio, aumentó en 12,219 pesos por obrero ocupado. Es decir, los capitalistas dispusieron de 11,404 pesos más por cada trabajador ocupado en la rama. Si restamos el total de los salarios pagados al valor total de la producción, el remanente en 1970 es de 1,041 millones de pesos, y en 1974 ya había alcanzado los 1,632 millones de pesos.

Esta distribución del ingreso, progresivamente a favor de los capitalistas, no fue el resultado única-

mente de la inflación, sino, fundamentalmente, de constantes incrementos en la productividad, pues mientras en 1970 el volumen de la producción mensual por obrero ocupado en esta rama alcanzaba 1,789 toneladas, en 1974 cada obrero produjo 2,736 toneladas al mes. En aquellas ramas que la productividad no aumentó a tasas tan elevadas la inflación cumplió su papel a favor de los capitalistas, y el valor de la producción seguramente logró mantener o aumentar el margen disponible, una vez pagados los salarios.

### *Clase obrera y sindicatos*

La información disponible acerca de la sindicalización a nivel nacional, adolece de exagerar en número de agremiados. A pesar de los errores, los datos proporcionan cierta orientación que vamos a utilizar en estas páginas. El anuario de estadística, por ejemplo, proporciona un total de personas sindicalizadas en el país, en 1970, de 1.974,350. Cifra que, aunque exagerada, informa que las centrales obreras charras mienten al asegurar que cuentan con más de tres millones de afiliados.

La sindicalización en México presenta un grado muy bajo, pues sólo significa el 45.2 por ciento de los sindicalizables en el país. Además, el índice de concentración, término que utilizamos para el promedio de agremiados por sindicato, también

es muy bajo, pues en la mayoría de las ramas se mueve entre los 100 y los 200 agremiados. Las únicas excepciones son las ramas de extracción y refinación de petróleo y gas (857), de fabricación de calzado (391), de artículos de palma, carrizo y similares (618) y de industria básica de hierro y acero (236). La industria eléctrica y el transporte ferroviario se contarían seguramente entre las excepciones, pero como la SIC proporciona datos evidentemente erróneos, no los hemos tomado en cuenta. De cualquier modo, puede señalarse la enorme importancia de los sindicatos de trabajadores en empresas estatales, pues obviamente son los mayores del país y su fuerza tiene un gran peso en la lucha de clases nacional.

Por lo que se refiere al dinamismo de la sindicalización hay que mencionar que la tasa de incremento va disminuyendo de 1970 en adelante hasta acercarse al estancamiento; lo que significa que el número de trabajadores no sindicalizados ha crecido al mismo ritmo que el empleo.

### *La actividad sindical*

Durante el sexenio echeverrista puede observarse un notable auge del movimiento huelguístico. En 1973, como respuesta al surgimiento de la inflación galopante, las centrales charras organizaron 4,387 emplazamientos. Además de éstos,

se realizaron en el mismo año otros 6,190 emplazamientos que probablemente siguieron el ejemplo de los charros, pero no fueron parte de las escaramuzas con los capitalistas para los aumentos salariales realizadas en 1973. Después de eliminar esta situación anómala, el aumento de los emplazamientos es constante. Sólo en las ramas de jurisdicción federal (únicas sobre las que se han publicado datos hasta la fecha), la tasa de incremento fue en el periodo 71-72 de 14 por ciento, en 72-73 de 26 por ciento y en el de 74-75 (comparado con 72-73) de 16 por ciento.

Las huelgas, aunque a considerable distancia del número de emplazamientos, también presentan un aumento en el sexenio. Con los datos disponibles sobre industrias de jurisdicción federal puede calcularse que el total de huelgas en el país fue de alrededor de 300 en el periodo 1972-73, de 2,000 en el periodo 73-74 y de 600 en 74-75. Es probable que la predicción resultara elevada para el periodo 73-74, aunque esta vez no por la actividad de los charros, quienes únicamente estallan cuatro huelgas, sino por 358 de la industria textil y 36 de la industria hulera que se originan en la revisión de los contratos colectivos.

De hecho, la actividad huelguística coincide con la inflación, y al menos desde un punto de vista cuantitativo, la insurgencia obrera se presenta a partir de 1973. Desde un punto de vista cualitativo, sin

embargo, puede rastrearse en años anteriores. A historiar brevemente estas luchas se dedican las siguientes páginas.

### *La lucha de clases*

El inicio del sexenio echeverrista está marcado por una crisis de legitimidad del Estado originada por la represión al movimiento estudiantil-popular de 1968. Para contrarrestar el deterioro de la imagen política del régimen se diseñó la apertura democrática. En lo económico, el modelo de desarrollo estabilizador presentaba signos de agotamiento y las primeras señales de la crisis empezaron a manifestarse. La nueva pauta de desarrollo, que posteriormente recibirá el nombre de desarrollo compartido, intentará una renegociación con el imperialismo a través de aumentar la competitividad de los productos mexicanos. Para conseguirlo, se consideró necesario, paradójicamente, impulsar la modernización y apoyar al capital monopolista. Para reducir el endeudamiento que ya entonces se consideraba peligroso, el Estado reduce el gasto público y origina que el crecimiento se reduzca a una tasa del 3.1 por ciento. El entonces secretario de Hacienda, Hugo B. Margáin, otorga a este hecho el nombre de atonía.

Apenas iniciado el sexenio, el 7 de enero de 1971, Fidel Velázquez amenaza con pedir aumentos fuera de las revisiones de contratos colectivos. Inicia, así, una política que

se mantendrá a lo largo del sexenio. En el lado independiente del movimiento obrero, el Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM), encabezado por Rafael Galván, lucha contra el Sindicato Nacional del charro Pérez Ríos por obtener la titularidad del contrato colectivo. La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje desconoce el convenio firmado entre ambos sindicatos, contraviene su propio laudo y dictamina a favor de Pérez Ríos. En este tiempo, la izquierda mexicana otorgaba una solidaridad condicionada a los electricistas por razones fundamentalmente ideológicas.

Entre los ferrocarrileros, Demetrio Vallejo y Valentín Campa recién excarcelados encabezan dos contingentes. El primero, al frente del MSF, promueve su reinstalación como trabajador y reclama sueldos caídos. Campa, al frente del Consejo Nacional Ferrocarrilero, llama a la participación en las elecciones del sindicato. El 29 de diciembre de 1970 se realiza un sabotaje que daña o destruye siete locomotoras; Campa y Vallejo son aprehendidos y el gobierno mismo facilita su libertad al fijarles rápidamente una fianza. Mientras tanto, se anuncia la imposición del charro Mariano Villanueva Molina. El MSF decide pedir la anulación de las elecciones y los trabajadores de Matías Romero toman posesión de los cargos para los que habían sido elegidos. El ejército rodea el local y, aunque no se de-



sata la violencia, se muestra uno de los rasgos que van a ser constantes en el sexenio, la utilización del ejército para reprimir los movimientos independientes.

Además del manejo ideológico de la apertura democrática se intenta otorgarle cierta credibilidad y se libera escalonadamente a los presos políticos del movimiento estudiantil-popular de 1968. Pero al mismo tiempo se intenta disciplinar a las universidades y la avanzada de la reacción, el grupo Monterrey, procura implantar una ley orgánica autoritaria en la Universidad de Nuevo León. La renuncia del gobernador, como solución al conflicto, convierte en extemporánea la manifestación organizada en la ciudad de México. El gobierno, entonces, reprime brutalmente a los contingentes de la manifestación y el resultado son 30 muertos y más de 200 heridos. Se reprime, esta vez, con grupos paramilitares.

En 1971 ya estaban presentes las fuerzas que se mantendrían actuantes a lo largo del sexenio: el Movimiento Sindical Ferrocarrilero (MSF), el Consejo Nacional Ferrocarrilero (CNF), el Movimiento Sindical Revolucionario (MSR), el Frente Auténtico del Trabajo (FAT), el Frente Sindical Independiente (FSI). A nivel regional, los trabajadores de Morelos ya habían emprendido sus primeras luchas. Y también había surgido el caso de los sindicatos que sin afiliarse a ninguna organización luchaban por librarse del control charro. Entre los

aliados de la clase obrera se manifestaban, desde entonces, la guerrilla urbana y la rural, que proporcionarán cierto tipo de cobertura política, pues la represión se dirigió fundamentalmente, o con toda su violencia, hacia estos grupos. También los campesinos y los habitantes de colonias populares protagonizarán centenares de invasiones y se manifestarán, así, como aliados naturales del movimiento obrero. Los universitarios, en sus luchas por democratizar su régimen de gobierno y años más tarde por su sindicalización, se mostrarán como uno de los aliados más cercanos de la clase obrera. Finalmente, al lado de los trabajadores, se crearán diversos proyectos para organizar partidos de signo democrático.

El 14 de diciembre de 1971 estas fuerzas se manifiestan unidas en la Primera Jornada Nacional por la Democracia Sindical. En 40 ciudades de la República, los obreros, los estudiantes, los campesinos y los sectores populares marchan para expresar su repudio al charrismo. Esta insurgencia obrera obliga al Estado a diseñar una política que, junto a la represión, intente contener las luchas populares. El presidente Echeverría, a lo largo del año, se declara a favor de la democracia sindical. Estas afirmaciones y la ausencia de represión a las marchas populares, convencen a Fidel Velázquez de hacer pública una alianza con Manuel Sánchez Vite en Tepeji del Río. Ahí, Velázquez lanza ataques y calumnias contra los líderes obre-

ros independientes y amenaza con luchar "dentro o fuera de la Constitución". El presidente Echeverría afirma, entonces, que las normas constitucionales deben respetarse, y el movimiento obrero, por su parte, responde organizando la Segunda Jornada Nacional por la Democracia Sindical. Las tres agrupaciones más importantes en esos momentos, el STERM, el MSF y el FAT, logran reunir 100 mil obreros, campesinos y estudiantes que marchan en 48 ciudades del país.

A los dos meses del abrazo de Tepeji, el presidente del CEN del PRI renuncia por motivos de salud. Para sustituirlo, se elige a Jesús Reyes Heróles, quien plantea diversas reformas que en el siguiente sexenio desembocarán en la Reforma Política. El priísta también lanzará el diálogo como consigna política. En 1972 se inicia lo que podría llamarse la apertura democrática a nivel internacional: los viajes tercermundistas de Echeverría. Los excesos de la demagogia, la proliferación de los secuestros y asaltos, la existencia de la guerrilla rural, las luchas populares en auge, despertaron las suspicacias de la burguesía y las pugnas internas empezaron a multiplicarse. El embajador norteamericano inició las hostilidades preguntando por las reglas del juego para las inversiones extranjeras. En octubre de 1972, la burguesía de Puebla, Nuevo León y Sinaloa, organizaron campañas anticomunistas.

En el plano económico, los tec-

nócratas del gobierno descubrieron que la protección a la estructura financiera del Estado y el temor al crecimiento de la deuda pública, habían generado la atonía y el malestar general. Se decidió, así, modificar la estrategia económica y echar a caminar la máquina de hacer billetes. Además, se aumentó el gasto público en 43 por ciento y se utilizó ampliamente el endeudamiento externo. El resultado fue alcanzar la tasa histórica de crecimiento y propiciar la inflación.

Al inicio de 1972 el Movimiento Sindical Ferrocarrilero eligió una táctica que consistía fundamentalmente en la toma de locales del sindicato, como un medio para rescatar del control charro a las secciones. A pesar de su combatividad, esta táctica resultó ineficaz por la capacidad represiva de los charros que rápidamente recuperaron los locales. En julio de ese año Vallejo pide un plebiscito para resolver los problemas del sindicato y Porfirio Muñoz Ledo, entonces secretario del Trabajo, responde sólo con promesas. Villanueva Molina, el charro del sindicato, utiliza una de las viejas tácticas cetemistas: se roba la bandera popular y afirma que él había pedido la reinstalación de los despedidos.

Los electricistas democráticos continúan con las movilizaciones y las gestiones legales. Además, varias secciones prueban diversas tácticas. Por ejemplo, se declaran simultáneamente enfermos durante dos días, realizan paros de algunas ho-

-ras, etc. Finalmente, el 20 y 21 de noviembre se realiza la unificación del STERM y el SNESCRM para formar el nuevo SUTERM. Francisco Pérez Ríos quedó en la secretaría general y Rafael Galván en la presidencia del Consejo Nacional de Vigilancia. Se trataba de una solución negociada que, aunque dejaba a los democráticos en un terreno difícil de lucha, también, al menos, significaba un retroceso de los charros. La revista *Punto Crítico* señaló entonces que los electricistas perdían “un arma fundamental como es la huelga”.

En 1972 los maestros normalistas se organizan alrededor de la demanda por aumento de salario. En este año también se realiza el intento de los bancarios por formar un sindicato. Y también entre los sectores medios, el Sindicato de Trabajadores y Empleados de la UNAM estalla la huelga el 25 de octubre de 1972 y consigue la firma de un convenio colectivo. En agosto se inicia el conflicto de Medalla de Oro, cuando la empresa, después de haber trasladado la producción a talleres clandestinos, intenta declararse en quiebra y liquidar a los trabajadores con sólo un mes de sueldo. Al final del año, *las medallitas* organizaron una marcha desde Monterrey hasta Los Pinos y fueron reprimidas.

Diversos movimientos son protagonizados por los obreros de Morelos. En Nissan Mexicana se lucha por un aumento del 40 por ciento; en Rivetex, contra la aceleración de

la intensidad del trabajo; en Textiles Morelos contra los líderes charros. Se forma el Frente de Solidaridad Popular para responder a la ofensiva cetemista que inventa conjuras comunistas o clericales. Los trabajadores también forman una escuela sindical que corresponde a las formas elegidas por el FAT que tiene gran influencia en Morelos.

Como posibilidad de organización general, los electricistas plantearon en marzo de 1972 la Unión Nacional de Trabajadores como un “centro organizativo de la insurgencia obrera”. En las sesiones para formar la UNT participaron también el MSF, el FAT, el Sindicato de Obreros Libres, el Frente Mexicano del Trabajo, el Frente Lázaro Cárdenas y la Asociación Revolucionaria Sindical. Desde entonces, en el intento de unificar la insurgencia obrera la omisión más grave era la inexistencia de una caracterización del Estado. Igualmente importante era el olvido de señalar las vinculaciones entre el charrismo y el Estado mexicano, para acentuar únicamente los lazos de los charros con el imperialismo.

De otro tipo fue la experiencia organizativa del Comité de Defensa Popular (CDP) de Chihuahua, al que la represión sirve de motivo para formarse y en el que participan 30 organizaciones universitarias, el STERM, el MSF, y, sobre todo, la colonia Francisco Villa. El Comité se propone, como tarea básica, la lucha por la democracia

sindical, y asume la clásica organización de frente popular. La función que cumplió fue rodear de solidaridad a las luchas obreras.

Las organizaciones charras también se mostraron activas en 1972, convocaron a formar la Central Obrera Unica y Fidel Velázquez amenazó con decretar una huelga general si proseguían los ataques contra él y sus socios. Dentro de la política estatal tiene gran importancia el INFONAVIT, pensado como una organización de contención de los obreros. En su gobierno, típicamente corporativo, participan 15 representantes del charrismo, 15 del Ejecutivo y 15 patronales. A pesar de esto, el INFONAVIT se convertirá en objeto de la codicia de Fidel Velázquez, quien pretenderá utilizarlo como fuente directa de poder, y los ataques contra el instituto se multiplicarán a lo largo del sexenio.

Al iniciarse 1973 Fidel Velázquez anunció una campaña sin precedentes por la semana de 40 horas, y en mayo los jefes de la CTM abandonan la táctica de negociar en los contratos y piden una reforma constitucional que instituya las 40 horas de jornada semanal. Finalmente, en septiembre, el presidente Echeverría propone aumentos de emergencia y el gobierno federal otorga aumentos del 15 por ciento para el ejército y de 10 a 15 por ciento para los burócratas. Las centrales obreras declaran "ya sabemos qué hacer porque contamos con el apoyo de Luis Echeve-

ría" y anuncian una huelga general para el 10. de octubre de no cumplirse la demanda de 33 por ciento de aumento. La inflación desatada en 1973 obligó al Estado y a las centrales a colocarse a la cabeza de las reivindicaciones salariales, porque el malestar obrero amenazaba con rebasar los controles establecidos por el charrismo.

La crisis política también se manifestó agudamente en 1973. En abril, Reyes Heróles y González Pedrero anunciaron el experimento de remozamiento del PRI. En mayo cae el gobernador de Puebla, Bautista O'Farrill, y se organiza un paro patronal. En julio, durante las elecciones para diputados, el PRI constata una oposición del 57.3 por ciento de los votos, aun después de los recuentos amañados. La agudización de las pugnas entre la burguesía y su Estado se produce a raíz de la muerte de Eugenio Garza Sada a manos de un grupo armado. En el entierro del empresario, Luis Echeverría recibe un fuerte regaño del Grupo Monterrey, por boca del abogado Margáin Zozaya y ante 250 mil personas llevadas por los empresarios. Las pugnas interburguesas fueron el resultado de la insurgencia popular y de la discusión, entre las distintas fracciones de la burguesía, sobre los medios para contenerla.

Al finalizar 1972 los ferrocarrileros habían sido desalojados por el ejército de siete locales que habían logrado tomar. Terminó así, la táctica establecida por Vallejo. En

marzo de 1973, durante la asamblea nacional del MSF se acuerda realizar un recorrido, encabezado por Vallejo, por las secciones sindicales. La gira sirve para organizar movilizaciones, hacer propaganda a la candidatura del líder para secretario general y conocer la situación en cada localidad. El balance clarifica que en la zona norte hay una radicalización, y en otras partes de la República las acciones represivas han conseguido disminuir la participación de los trabajadores. En octubre se realizan las elecciones y, aunque hay un evidente triunfo del MSF, los charros logran continuar en el poder y poco después toma posesión Tomás Rangel Perales ante la presencia de Muñoz Ledo.

En 1973, como decíamos al principio del ensayo, la actividad huelguística tiene un auge independiente de la encabezada por los charros. En Chihuahua los estibadores organizan una huelga que recibe el apoyo del Comité de Defensa Popular. Las huelgas se suceden en todo el país. En Empresa Química Potosí, por la semana de 40 horas; en La Trinidad, por pago de salarios; en Industrias Monterrey, por aumento salarial; en Bel-Linda, por reinstalación; en el Departamento de Limpia de Torreón, por la mejora de sus condiciones de trabajo y por el reconocimiento de su sindicato; en el Instituto de Investigaciones Agrícolas, por plazas de base, aumento salarial y reconocimiento de antigüedades; en

Yoli, por la semana de 40 horas y aumento salarial; entre los choferes de autobuses urbanos de Uruapan, por la libertad de un compañero y el reemplazo de unidades inservibles; en Textil Lanera, por plazas de planta y medidas de seguridad; en Celulosa de Chihuahua por aumento del 22 por ciento y rechazo de los charros. Estos ejemplos sirven únicamente para recordar la amplitud de organizaciones y la variedad de las demandas. Al finalizar 1973, las trabajadoras de Medalla de Oro consiguen un amparo para su reinstalación, pero la CTM organiza una huelga espuria.

En 1974 se realizará un cambio de política económica que el entonces secretario de Hacienda, José López Portillo, había anunciado como "austeridad programada". Se pretendió contener el gasto público para frenar la inflación, que amenazaba con encender la protesta generalizada. El gasto se dirigió, fundamentalmente, a los renglones que habían sufrido escasez, como el petróleo, la siderurgia, la industria eléctrica y la agricultura. El crecimiento logró apenas mantenerse en un 5.9 por ciento y la inflación siguió su carrera.

En lo político, al iniciarse 1974, el PRI realiza una reunión con sus más altos jerarcas y Jesús Reyes Heróles reconoce públicamente el deterioro de la legitimidad del Partido; la necesidad, en consecuencia, de encontrar nuevas bases sociales de apoyo. Se intenta remozar la unidad nacional con la consigna

que había lanzado Echeverría, la "alianza popular básica". Fidel Velázquez, presionado por los trabajadores que enfrentaban salarios disminuidos cada día por la inflación, fue obligado a amagar a los empresarios con un nuevo emplazamiento general a huelga. Tal actitud de Velázquez levantó nuevamente las protestas de los empresarios que "no miran sino sus mezquinos intereses inmediatos". La CANACO reclamó una *tregua* hasta diciembre para tener tiempo de aquilatar la política antinflacionaria del régimen. La CANACINTRA y la CONCAMIN aseguraron que un aumento salarial dañaría la economía del país. El grupo Monterrey se lanzó a un paro patronal. Como resultado, los empresarios consiguieron ejercer más directamente el poder y la petición de aumento general quedó en una simple recomendación.

Ya en el principio del año el Estado había mostrado su brutalidad con la tortura y el asesinato del asesor sindical Efraín Calderón Lara, fundador del Frente Sindical Independiente "Jacinto Canek". También a principios del año, en la celebración del congreso nacional, el charro Pérez Ríos toma las banderas del antiguo STERM y afirma buscar la integración de la industria, la unificación democrática, la participación obrera en la gestión industrial, el apoyo a las nacionalizaciones, etc. En marzo, los trabajadores de General Electric exigen un contrato colectivo en

el que, entre otras demandas, se pide un aumento de 50 por ciento. Ante la traición de los charros que firman un contrato sin su conocimiento, los trabajadores estallan la huelga. Galván, obligado a terciar en el conflicto, intenta mantenerse al margen en aras de conservar la unidad del sindicato que, supuestamente, estaba en tela de juicio por los trabajadores de General Electric. El 10. de julio los huelguistas son atacados ferozmente por 800 golpeadores y trabajadores de la fábrica Kelvinator. Pérez Ríos propone la reinstalación de algunos trabajadores y la liquidación del resto. Los dirigentes rechazan la propuesta y continúan una guardia ante las puertas del sindicato; pero el movimiento no puede sostenerse y a fines de septiembre la mayoría de los 600 trabajadores aceptan la proposición de Pérez Ríos. La derrota queda sellada cuando sólo se reinstala a 30 trabajadores.

Pero las huelgas continúan en ascenso. En Majestic, de Calpulalpan, por la reinstalación de la secretaria general del sindicato, por 20 por ciento de aumento y pago de salarios caídos. En Nissan Mexicana, por aumento de 80 por ciento, que se acordó en 22 por ciento. El Sindicato Nacional de Industria Liga de Soldadores organiza una huelga en Tula, Hidalgo, para exigir a los contratistas de PEMEX un contrato colectivo que finalmente consigue. Más tarde, sus compañeros que laboraban en Cactus, Chiapas, estallan la huelga por aumento de sala-

rio y otras prestaciones; el gansteril sindicato de petroleros tercia alegando un supuesto derecho a representar a los trabajadores.

Los metalúrgicos de CINSA-CIFUNSA, con la asesoría del FAT, lograron un 19.5 por ciento de aumento salarial y consiguieron unificar a la ciudad de Saltillo en la solidaridad a su movimiento; al iniciarse el siguiente año, este triunfo aparente se convertirá en una derrota, cuando se reprime con esquiroleros y golpeadores y la empresa despide a más de mil obreros.

Después de una larga lucha por la titularidad del contrato colectivo, los obreros textiles de Lido estallan la huelga por la reinstalación de sus compañeros y reciben el apoyo estratégico de los estudiantes del CCH de Naucalpan contra los ataques de golpeadores. En Upjohn, la huelga se organiza por un aumento del 80 por ciento y también son agredidos. En Industrias Alumex, la lucha se realiza por el reconocimiento de un sindicato independiente de la CTM y continúa por la reinstalación de los despedidos debido a su actitud combativa. Los choferes de Transportes Coatzintla, en Poza Rica, estallan una huelga por el reconocimiento de su sindicato y la reinstalación de los líderes despedidos, pero son atacados por cuatro columnas volantes de la Dirección de Seguridad de Jalapa y se les aprehende bajo cargos de asociación delictuosa, ataques a las vías de comunicación y demás delitos acostumbrados en el

caso de presos políticos. En IACSA, de Cuernavaca, 800 trabajadores estallan la huelga por aumento de salarios.

En el Movimiento Sindical Ferrocarrilero, durante la XIII Asamblea Nacional, algunas secciones del norte del país plantean la necesidad de acabar con el caudillismo y de impulsar la formación de cuadros sindicales, así como la propaganda de carácter clasista entre los ferrocarrileros. También, la necesidad de impulsar las demandas de los trabajadores de base por los reajustes ocasionados por la modernización y, sobre todo, la urgencia de elaborar una política de alianzas con otras fuerzas de izquierda. Tal preocupación tenía como fundamento la experiencia de los ferrocarrileros en el CDP de Chihuahua; ahí, la unión de estas dos fuerzas había dado resultados alentadores.

A finales de noviembre se realiza un acto de solidaridad de los trabajadores mexicanos con la clase obrera y la resistencia chilenas. Participan el MSF, el Movimiento Sindical Revolucionario, el Frente Auténtico del Trabajo, la revista *Punto Crítico* (principal promotora del mitin) y más de 40 organizaciones sindicales. En noviembre de 1974 muere Lucio Cabañas y se cierra un capítulo de la lucha armada; el Partido de los Pobres desaparecerá de la escena política del país.

En 1975, la crisis, que se había manifestado desde los inicios del

sexenio, determina un grado más bajo de la actividad económica. El producto interno bruto apenas alcanzó la tasa de 4.1 por ciento, mientras la inflación continuó en ascenso. La situación de los trabajadores empeora y los capitalistas, que ya sienten los estragos de la crisis, se muestran intransigentes. Sin embargo, en este año todavía se producirán numerosas victorias para los trabajadores. La política laboral del Estado retrocede, se limita a federalizar algunas ramas industriales y establecer sanciones penales para las empresas que no paguen el salario mínimo. A mediados del año Echeverría anuncia la creación de un comité intersecretarial para vigilar el reparto de utilidades; también, la fundación de la Procuraduría de la Defensa de los Trabajadores, del Banco Obrero y del Consejo Nacional de Cultura y Recreación para los Trabajadores. El retroceso se muestra, por ejemplo, en que los aumentos de emergencia no son encabezados por los cetemistas. Esta central se enfrenta a una crisis que incluso significa un intento de remozar el charrismo perpetrado por disidentes de la CTM. Fidel Velázquez, a pesar de las impugnaciones —que se producen fundamentalmente entre los trabajadores, pero aun entre sus propias huestes— consigue fortalecerse al utilizar todos sus recursos contra la Tendencia Democrática de los electricistas. El 22 de septiembre fue justamente Fidel Velázquez quien destapó a López

Portillo como candidato del PRI a la Presidencia. Pero la batalla de la CTM por obtener el apoyo sin límites del gobierno no se produjo en el interior del PRI sino en las luchas diarias contra los trabajadores independientes y, en especial, contra la Tendencia Democrática de los electricistas.

1975 fue el año de mayor auge de la Tendencia Democrática, pero al mismo tiempo fue el inicio de su derrota. En enero se asesina al líder charro de la sección 49 (General Electric) y los cetemistas intentan atribuir el crimen a Rafael Galván, Arturo Whaley y Antonio Gershenson. Los electricistas responden con movilizaciones en Monterrey, Gómez Palacio, León y Guadalajara.

Poco después, la TD denuncia el congreso espurio del SUTERM y organiza multitudinarias manifestaciones dentro de las jornadas por la democracia sindical. La Comisión Nacional de Vigilancia y Fiscalización, presidida por Galván, declara nula la convocatoria al congreso charro y Fidel Velázquez decide emprender la ofensiva total contra la Tendencia Democrática. Durante el congreso, los charros expulsan del sindicato a Rafael Galván, Héctor Barba, Virgilio Cárdenas, Moisés Lara, Rodolfo Calderón, Jesús Chávez Mora, José Luis Borrego Salinas, Arturo Whaley y Antonio Gershenson. Para la expulsión, los charros utilizan un viejo mecanismo: los acusan de recibir órdenes del extranjero y de



fomentar el divisionismo. En esos días muere Francisco Pérez Ríos. Fidel Velázquez nombra a Leonardo Rodríguez Alcaine para sucederlo.

En abril, la Tendencia Democrática organiza una manifestación de más de 20 mil personas y los discursos de Galván y Barba forman la "Declaración de Guadalajara", en la que reiteran su fe en la Revolución Mexicana y en el ala nacionalista de la burguesía. Además, llaman a formar un centro de coordinación popular en el que participen sindicatos, organizaciones campesinas, estudiantiles, partidos políticos y sectores populares en general.

La Secretaría del Trabajo reconoce la expulsión de Galván y demás trabajadores democráticos, y la Comisión Federal de Electricidad empieza la política de los despidos a los trabajadores combativos. En septiembre, cuando los democráticos habían conseguido un convenio para la reinstalación de los despedidos de Saltillo, los charros desafían la autoridad presidencial, se presentan el día de la reinstalación con 300 golpeadores y consiguen impedirla. Poco después, Gálvez Betancourt declara la nulidad del convenio de reinstalación.

La Tendencia Democrática realizó movilizaciones multitudinarias durante todo el año y en diversas ciudades de la República. Finalmente, la de mayor importancia se efectúa el 15 de noviembre en la ciudad de México. Cuando los electricistas democráticos anuncian la

manifestación, Rodríguez Alcaine, el charro del SUTERM, responde acusando a Galván de estar manejado desde el extranjero, inventa un proyecto de las secciones nucleares que, según él, se proponían distribuir material radioactivo, y programa una "semana de unidad sindical" que se iniciaría con una manifestación en el mismo lugar y a la misma hora que citaban los electricistas de la Tendencia Democrática. Ojeda Paullada, procurador general de la República, ordena una investigación, y obreros traídos de Tula, al mando de Rodríguez Alcaine, asaltan el local sindical de las secciones nucleares. El regente de la ciudad declaró que se prohibían ambas manifestaciones. Fidel Velázquez había sentenciado, en cadena nacional de radio y televisión, que "la violencia se contrarresta con la violencia". Con estas palabras, anunció el siguiente paso de la ofensiva total contra la Tendencia Democrática. En la marcha, en la que participaron alrededor de 150 mil personas, Rafael Galván expresó su confianza en el ala progresista del gobierno y propuso la reconstitución del nacionalismo revolucionario. Esta actitud resultó, como lo probarían los hechos más tarde, notoriamente ineficaz para enfrentar la ofensiva cetemista. Sin desconocer el papel jugado por la represión en la derrota que sufriría la Tendencia Democrática, hay que afirmar que esas actitudes restaron posibilidades a la elevación de la conciencia

de las masas y el reconocimiento del enemigo de clase.

También en 1975, los ferrocarriles realizaron un importante intento de unidad de los grupos de izquierda del gremio. El Movimiento Sindical Ferrocarrilero, el Consejo Nacional Ferrocarrilero, el grupo Acción Sindical Ferrocarrilero y el Comité Pro-defensa del Salario, integran la Coalición de Ferrocarrileros en Defensa de los Derechos Democráticos y Contractuales. Logran así emprender varias luchas particulares y aglutinar fuertes contingentes en las movilizaciones por la democracia sindical. Sin embargo, las organizaciones ferrocarrileras siguen careciendo de un trabajo amplio en las bases que fortalezca su situación en el interior del sindicato. Los combates principales en este año se centran en la protesta contra la adscripción al IMSS que substituye al servicio médico específico de los ferrocarrileros. También contra los despidos y reajustes.

Entre las luchas más notables de este año puede mencionarse la primera huelga del SPAUNAM. Después de un largo periodo de preparación del sindicato, fundada en un profundo trabajo de base y con amplias discusiones en todos los niveles, los trabajadores académicos estallan la huelga y obtienen un triunfo. Se consigue el reconocimiento de la negociación bilateral y la participación organizada de los académicos en las decisiones universitarias.

Otro movimiento importante es el de los 800 trabajadores de la fábrica Spicer. La lucha se inicia por librarse del control de la Federación de Asociaciones Obreras, pero ésta recurre a Napoleón Gómez Sada, el dirigente del sindicato minero metalúrgico y uno de los charros con más poder en el país. Los trabajadores se afilian al Sindicato Nacional de la Industria del Hierro y el Acero y el combate por la titularidad del contrato colectivo empieza con el estallamiento de la huelga. Desgraciadamente, no se contaba con un fondo de resistencia y el trabajo para conseguir solidaridad se inicia demasiado tarde, sobre todo si se considera que debía lograrse la subsistencia de 800 trabajadores. A pesar de la combatividad de los obreros, de la organización de sus esposas, de las brigadas constantes y de una huelga de hambre, el sindicato de mineros y metalúrgicos logra la titularidad del contrato y la mayoría de los trabajadores son obligados a optar por la liquidación. Esta lucha, asesorada por el FAT, constituye una de sus derrotas más fuertes y evidencia el error de una táctica consistente en intentar formar sindicatos paralelos a los ya existentes. También, la equivocada evaluación de la fuerza del sindicato minero metalúrgico.

Los trabajadores, durante este año, emprenden movilizaciones contra los charros, contra los despidos, por aumentos salariales, por el pago de salarios caídos, por plan-

tas para los eventuales. Los *charrros*, sin embargo, demuestran que las pugnas con el Estado han disminuido al conseguir la derrota de movimientos tan importantes como el de Spicer y al pasar a la ofensiva contra la Tendencia Democrática. A finales de año la huelga de Duramil es reprimida por 250 policías armados y son detenidos 25 trabajadores. Una semana después, se rompe, también violentamente, la huelga de Dixon y la policía detiene a 25 trabajadores. También en diciembre, 40 esquiroleros de la CTM rompieron la huelga de Morganite, en el corredor industrial de Naucalpan.

Al iniciarse 1976 más de 4 mil 500 trabajadores de la Sección 67 del Sindicato de Trabajadores Mineros Metalúrgicos y Similares de la RM estallan una huelga contra las violaciones al contrato colectivo realizadas por la Fundidora Monterrey. En Trailmobile, la huelga se realiza por el pago de los salarios mínimos profesionales. El 31 de enero la Tendencia Democrática realiza marchas en varias ciudades para contrarrestar la ofensiva *charra*. En San Luis Potosí, los electricistas son agredidos por los *golpeadores*.

En estos días también el movimiento popular es reprimido. El Campamento 2 de Octubre es incendiado y dos niños mueren durante la agresión; a los pocos días, 600 policías, agentes, granaderos y halcones, golpean a sus habitantes y acribillan a dos colonos. Poco des-

pués, las colonias San Angel, Francisco Villa y Granja Sanitaria de Monterrey, Nuevo León, serán reprimidas brutalmente por policías y granaderos. Mueren seis colonos cuando los agresores disparan más de 500 balas de alto poder.

Los despidos ocasionados por la crisis económica empiezan a adquirir carácter masivo. Las maquiladoras del norte del país, por ejemplo, despiden más de 23 mil trabajadores. En Volkswagen, la disminución de personal y los aumentos de la intensidad del trabajo colocan en tela de juicio a la dirección sindical y a su asesor jurídico, Juan Ortega Arenas. Ante el descontento obrero, los dirigentes son precisados a encabezar la reivindicaciones de los trabajadores.

En el Sistema de Transporte Colectivo el sindicato había emprendido algunas luchas democráticas, y en 1976 las protestas se centran alrededor de la acusación al conductor Carlos Fernández, como responsable del accidente del Metro ocurrido en octubre del año anterior. Se denuncia la inseguridad en el Metro y se considera responsables a los altos funcionarios de ese servicio.

Fidel Velázquez, en marzo de 1976, declara que vería con buenos ojos los intentos de renovación en la CTM, pero se apresura a autodesmentirse y aclara que él no puede hacer "lo que Franco hizo con Juan Carlos". Con el cinismo típico del contralor obrero, reconoce sus obvias semejanzas con el dic-

tador español, pero utiliza el momento para recibir el reconocimiento de toda la charrería sindical.

La ofensiva contra los electricistas democráticos siguió su avance durante 1976. En febrero, mientras la TD realizaba un mitin en el monumento a la Revolución, los charros del SUTERM realizaban otro, apoyado por Muñoz Ledo, en el Zócalo. Poco después la Comisión Federal de Electricidad fortalece a los charros al aceptarlos como los promotores de un aumento salarial.

La Tendencia responde organizando la Primera Conferencia Nacional de la Insurgencia Obrera, Campesina y Popular, el 14 de mayo, como un intento de coordinación de las luchas populares. Participan la TD, la Alianza Nacional de Productores de Caña de Azúcar, el SPAUNAM, trabajadores del SNTE, la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, el Comité de Defensa Popular de Chihuahua, colonias populares y casi trescientas organizaciones más. Ahí se decide formar el Frente Nacional de Acción Popular (FNAP), integrado por consejos nacionales y por los frentes locales (FLAP). El programa recoge la mayor parte de las demandas populares.

Sin embargo, los charros continúan su ofensiva y la Tendencia Democrática hace un intento desesperado por reconstruirse al emplazar a huelga para el 30 de junio

de 1976. Los electricistas reciben el apoyo de numerosas organizaciones independientes y los charros organizan una concentración el 24 de junio. Finalmente, Echeverría afirma que la unidad de los electricistas es "un imperativo de nuestra historia". El Consejo Nacional de la TD aplaza la huelga hasta pasadas las elecciones para el relevo presidencial.

El 16 de julio, horas antes de que estallara la huelga, los locales sindicales y los centros de trabajo son rodeados por el ejército, por pistoleros y por halcones cetemistas. Los charros consiguen, así, dar el más duro golpe a la Tendencia Democrática y demostrar que el gobierno, a pesar de todas las declaraciones demagógicas, recurre y apoya a los charros cuando los movimientos amenazan con una política realmente independiente. Uno de los errores de la Tendencia fue olvidar este hecho y confiar excesivamente en la crisis del charrismo y en la posibilidad de una tercera fuerza representada por el Estado que actuara a favor de los democráticos.

Los electricistas deciden no regresar al trabajo y organizan una marcha en la ciudad de México a la que asisten 20 mil personas, aproximadamente. Los charros escenifican una provocación en Puebla y muere un policía, en seguida acusan a Galván del asesinato. Durante las negociaciones de la Tendencia Democrática con Farell y Ojeda Paulada, los dirigentes de

las secciones de Puebla y Jalisco firman un documento en el que se acepta volver al trabajo y se reconoce la dirección del charro Rodríguez Alcaine.

Después de esta derrota de las fuerzas democráticas, el siguiente paso fue la adscripción de las secciones nucleares del SUTERM al apartado B del artículo 123; lo que significa una disminución drástica de los derechos sindicales. Porfirio Muñoz Ledo, entonces presidente del PRI, otorga su apoyo a Fidel Velázquez y condena violentamente a la Tendencia Democrática acusándola de contrarrevolucionaria por no utilizar las vías gubernamentales. Rápidamente se organiza la solidaridad a los democráticos y se realizan paros en diversos planteles de educación superior. Finalmente, Ojeda Paullada anuncia la decisión de reinstalar a todos los despedidos y respetar la autonomía de las secciones de la Tendencia. Tal promesa, como otras, no será cumplida y los electricistas democráticos quedarán cada vez más aislados. Será López Portillo quien dará el golpe de gracia a la Tendencia con la represión a la concentración de 1977 en Los Pinos que propuganaba, justamente, por el cumplimiento del acuerdo de reinstalar a los despedidos.

Entre las huelgas importantes de este año pueden mencionarse la de Celanese por aumento de salario, sindicalización de los empleados de confianza, semana de 40 horas, etc. La inexperiencia de los

trabajadores conduce al caudillismo y no logran su intento de formar un sindicato nacional con los obreros de las diversas filiales de Celanese. En Galas de México, por aumento salarial y la firma de un contrato colectivo. La empresa aprovechó una prórroga para sacar negativos y maquinaria de la planta y seguir trabajando en otro local. El paro de los telefonistas logró la destitución de Salustio Salgado y la aceptación de un referéndum que fue ganado por Francisco Hernández Juárez. En Volkswagen, los siete mil trabajadores estallan la huelga por aumento salarial, semana de 40 horas y otras prestaciones. En la Universidad Autónoma Metropolitana los trabajadores unidos en un solo sindicato logran un contrato colectivo. En Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, del Combinado Industrial Sahagún, por la firma de un contrato colectivo. En Olivetti, por aumento salarial y otras demandas. En Ford, también por aumento salarial.

### *Panorámica del sexenio*

La insurgencia popular, de la que son un pálido reflejo las páginas anteriores, se desarrolló sobre (fue su última causa) el telón de fondo de una economía en franca depresión. El otro nombre de las crisis económicas es la caída de la inversión, que se origina, naturalmente, en una caída de la tasa de ganancia.

A nivel internacional, la crisis de

este decenio puede explicarse, justamente, por el auge que la precedió. El crecimiento económico de los cincuenta y los sesenta estuvo sustentado en un crecimiento desorbitado del crédito. Los países capitalistas, necesitados imperiosamente de consumir el enorme cúmulo de mercancías que producen, fueron obligados a gastar los ingresos del futuro. Los consumidores individuales, las empresas y los Estados nacionales, dispusieron de grandes cantidades de crédito para financiar las compras. A la vuelta de los setenta los gobiernos se enfrentaron a fuertes déficit fiscales que los obligaban a detener su gasto y, por lo tanto, a abandonar su función histórica de impulsar la economía a través de la inversión pública. Además de la terminación de la guerra de Vietnam, que permitía el enorme desperdicio necesario para el funcionamiento del capitalismo, la crisis del petróleo significó un fuerte endeudamiento de las metrópolis y una disminución de su capacidad de demanda, que, en última instancia, se reflejó en una acumulación de inventarios.

Si la crisis de financiamiento y la caída de la inversión son un lado de la crisis, el otro está formado por la inflación galopante. En una economía internacional altamente monopolizada como el capitalismo de los setenta, los mecanismos de la competencia dejan de funcionar. La caída de las inversiones, la contracción de la economía, el crecimiento

de los inventarios, no desembocan en la baja de los precios. Las grandes compañías transnacionales están en posibilidad de defenderse de la crisis: para mantener sus ganancias, no bajan los precios; al contrario, disminuyen la producción (que no encuentra compradores) y aumentan los precios. De este modo, el margen de ganancia en cada mercancía aumenta, aunque el número de productos vendidos disminuya y, al final, las ganancias totales permanecen.

Sólo que esta conducta dificulta todavía más la salida de la crisis, pues cualquier intento de reactivación por medio de políticas expansionistas da como resultado una aceleración del proceso inflacionario. Aunque las transnacionales logran traspasar los efectos de la crisis a la clase obrera, ya que la disminución de la producción significa un desempleo de grandes proporciones, no garantizan, sin embargo, la salida de la crisis. Pues si las ganancias se mantienen es justamente a través de disminuir la inversión, y por lo tanto, las utilidades obtenidas no se dedican a la inversión, ya que las mercancías producidas difícilmente podrían venderse. El capital, entonces, al no destinarse a las inversiones, emprende los caminos de la especulación. En parte, el desorden monetario internacional se origina en estas condiciones. Otro elemento importante en el caos monetario se origina en la posición hegemónica de los Estados Unidos. Este país ha

inundado el mercado internacional con dólares que no está obligado a garantizar. La desconfianza en el dólar crece cada día y los Estados Unidos dejan tranquilamente que la caída se profundice. La estrategia se explica porque, en los hechos, significa una devaluación que otorga competitividad a las mercancías estadounidenses frente a la negativa de sus competidores, Alemania y Japón, de revaluar sus respectivas monedas. La primera potencia imperialista también golpea a los demás países desarrollados al dejar que el enorme cúmulo de dólares que se encuentran en poder de estos países —como resultado de la balanza de pagos deficitaria de Estados Unidos— disminuya su valor. El beneplácito del gobierno norteamericano ante la caída del dólar se explica, así, en un nivel comercial y financiero.

La economía mexicana sigue de cerca los fenómenos de la economía internacional; su carácter dependiente se exagera en los momentos de la crisis. Los dos elementos de la depresión internacional: la caída de la inversión y el proceso inflacionario, también se manifiestan en nuestro país, sólo que a niveles más exagerados. La tasa de crecimiento disminuye a un tercio de la tasa histórica durante 1976, cuando sólo alcanza un 2.1 por ciento. La inflación se mantiene arriba del 20 por ciento a partir de 1973. Pero la crisis en México tiene otros elementos estructurales que se originan en la propia historia del país.

El sistema de propiedad de la tierra que originó una inquietud constante y explosiva en el campo, se reflejó en una crisis agrícola que dificultó la tradicional función de la agricultura mexicana: proporcionar alimentos baratos para la clase obrera y originar divisas estratégicas para el crecimiento económico.

La crisis de financiamiento en nuestro país se agudiza por tres elementos: el endeudamiento externo, el déficit fiscal y el déficit de la balanza de pagos. Las políticas expansionistas de 1972, 73 y parte de 74, sólo consiguen acelerar estos graves problemas, y en 1976 el gobierno es obligado a devaluar la moneda con objeto de asegurar la confianza del Fondo Monetario Internacional. En realidad, el financiamiento otorgado por este organismo sólo sirvió para sortear la salida masiva de capitales de finales de 1976, así como la especulación desenfrenada de esos meses. Pero el motivo principal de los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional no consiste en el pequeño préstamo conseguido, sino en el aval que otorga el FMI a los países que aceptan subordinarse a sus políticas.

Además de la depresión económica, el gobierno echeverrista se enfrentó a una crisis política que consistió en la pérdida de legitimidad frente a todas las clases sociales. En última instancia, la crisis económica fue el factor determinante, pero la propia dinámica de la lucha de

clases tiene una gran importancia. El deterioro de los mecanismos de control —la CTM, la CNC, la CNOP y el PRI en su conjunto— se reveló por el ascenso de la lucha de masas. El movimiento estudiantil había mostrado la debilidad de estos organismos, también había aglutinado el descontento popular. Creó un enorme contingente de cuadros políticos y señaló nuevas formas de organización y de lucha. La realidad en el campo se caracteriza por una verdadera explosión de las invasiones, cuando los campesinos se enfrentan a una situación desesperada que se había acumulado durante los últimos cuarenta años. Los trabajadores son acicateados por salarios en franca disminución, por el desempleo y por el aumento de la intensidad del trabajo.

El régimen echeverrista intenta, entonces, implementar un modelo de desarrollo que logre controlar nuevamente la insurgencia de las masas. Este modelo consiste en cierto tipo de concesiones limitadas, como los aumentos de emergencia y la represión selectiva. Además, en la imagen política de la apertura democrática y el intento de remozar, fundamentalmente, a la CTM y al PRI. Sin embargo, este tipo de política, aunado a la creciente movilización de las masas, creó la desconfianza entre la propia burguesía. El resultado fue una agudización de las pugnas interburguesas.

Así, la crisis política se dirimió en el sexenio lopezportillista por la

derechización del régimen. Se implementa, ahora, una estrategia contra las masas que consiste en una elección del terreno de lucha y que procura enfrentar, uno por uno, los principales movimientos democráticos. El STUNAM, la Tendencia Democrática y diversas huelgas en toda la República, son derrotados, no a través de medidas conciliadoras, sino a través de la represión que incluye en varios casos la utilización del ejército. Las luchas en las elecciones municipales desembocan en el patrullaje, por el ejército, de varias ciudades del país, mientras se intenta encerrar a los partidos democráticos en una reforma política que sólo contempla el otorgamiento de tribunas nacionales para los partidos. Tribunas que, no casualmente, se caracterizan por su alejamiento de las masas. Cualquier intento de encabezar demandas populares, ya sea en el terreno sindical o en el terreno electoral, es inmediatamente reprimido.

A la crisis económica se ha respondido accediendo, sin trabas, a soportar los peores efectos de la depresión internacional y con el acatamiento, también, del papel asignado por las grandes potencias, en especial Estados Unidos, a los países subdesarrollados como proveedores de materias primas. El régimen lopezportillista acepta que el petróleo es la única salida para México y se dispone a entregar el recurso natural. El gasoducto no resolverá los problemas económicos de México, pero garantiza el apo-



yo de la potencia imperialista para la obtención de créditos. Lo mismo sucede con el uranio.

Internamente, la política económica procura que los costos de la crisis recaigan en las clases populares. Se disminuye el gasto dedicado a servicios sociales, se controlan los aumentos salariales, se reprime las huelgas, se garantiza la propiedad en el campo, se legisla contra las invasiones, se liberan los precios, se reorganiza la propiedad en los latifundios urbanos, se permiten los despidos masivos, se apoya el aumento de la productividad que significa la mayor explotación de los trabajadores.

### *Las tácticas de la patronal*

Uno de los métodos más usados por los patrones para mantener el sojuzgamiento de los trabajadores consiste en contratar un gran número de trabajadores eventuales con objeto de propiciar la inseguridad en el trabajo y, de este modo, impedir la organización de los obreros. Otra práctica generalizada en estos años fue la implantación de estudios que respondían al fin de aumentar la productividad del trabajo. Para incrementar las cargas por trabajador se elige al más apto y se demuestra la factibilidad de alcanzar la meta fijada por los técnicos del capital. Los trabajadores descubren demasiado tarde que las cargas establecidas significan un agotamiento prematuro de su fuerza de trabajo, aunque también es

cierto que los obreros mexicanos han reaccionado con rapidez a los estudios de "remetodización" y han pechado por participar en el establecimiento de los ritmos de trabajo y sus incentivos correspondientes. Además de esta conducta en épocas de paz laboral, los empresarios utilizan otro tipo de tácticas cuando surge la lucha. Por ejemplo, normalmente el primer ataque de los patrones estriba en despedir a los trabajadores más combativos. El segundo paso es contratar esquirols y sobornar a los obreros para ampliar su base de apoyo dentro de la empresa. Al mismo tiempo despliegan una serie de recursos legales para lo que disponen de competentes asesores. También es común el esparcimiento de rumores, como en el caso de Spicer, donde se anunció, a nivel de rumor, el rompimiento violento de la huelga. Igualmente habitual es el traslado de maquinaria a otros locales. Cuando los movimientos logran sobrepasar estas etapas, pero al mismo tiempo muestran debilidad política, se inician los métodos más violentos: utilización de golpeadores, rompimiento violento de la huelga, secuestros de los líderes, asesinatos de trabajadores. Obviamente, en todo el proceso se recurre a la asesoría de los organismos de control de la clase obrera: los charros sindicales.

### *Las tácticas del charrismo*

Es evidente que el poder de los

charros se sostiene sobre instituciones que abarcan un nivel económico, político e ideológico. El principal mecanismo de poder consiste en la posibilidad de administrar los aumentos de salarios, las prestaciones y las plazas para los trabajadores. Este poder está sustentado, en su aspecto jurídico, en la complicidad del Estado que, a través de la participación de los charros como supuestos representantes de los obreros en las juntas de conciliación y arbitraje, les otorga la capacidad de negociar los contratos colectivos. El reconocimiento de las organizaciones sindicales, igualmente, está en manos de la tríada corporativa: capitales, Estado y líderes charros.

La participación en las juntas de conciliación y arbitraje constituye, en consecuencia, la principal arma del control charro. Naturalmente, el Estado cederá en todo, menos en admitir la participación de líderes independientes en las juntas. La única posibilidad, entonces, de combatir este mecanismo de poder, es crear conciencia entre los trabajadores de que las juntas son parte del enemigo y no una tercera fuerza encargada de impartir justicia. Esta conciencia es igualmente necesaria para terminar con la creencia de los trabajadores en que el triunfo inmediato será de quienes tengan la razón.

Además del control económico de los obreros, el charrismo actúa políticamente. La ofensiva se dirige, por lo general, a desprestigiar los movimientos. A esta finalidad

obedecen las ubicuas conjuras inventadas por los charros. En ellas recurren al sentido nacionalista de los trabajadores para oponerse al comunismo "extranjerizante", o al sentimiento anticlerical, históricamente arraigado entre el pueblo de México. En el desprestigio también juegan un importante papel las acusaciones de daños a la población en general. Como toda huelga consiste justamente en una medida de presión, cuya fuerza se origina en la paralización de labores, los charros se dedican a propagar los costos de la huelga, los daños por la falta de servicios, etc.

Además de anatematizar las huelgas y las organizaciones independientes, los charros intentan, como en el judo, utilizar la fuerza del enemigo en su propio favor. Cuando la ven perdida recogen la bandera de los independientes y afirman que ellos son los verdaderos propugnadores de la demanda. Finalmente, las demandas no son cumplidas por los charros, pero entonces la tranquilidad ha vuelto a las organizaciones y el robo de banderas ha cumplido su función. Una posibilidad para enfrentar esta táctica sería la adopción de demandas que no pudieran ser asumidas, ni siquiera demagógicamente, por los charros. Tal fue el caso, en el sexenio echeverrista, de las batallas contra el charrismo sindical que lograron agrupar a grandes contingentes del movimiento obrero.

Otra ventaja para los charros consiste en la disparidad de fechas

para discutir los contratos, o, en un terreno más amplio, en el aislamiento de las luchas que permite la utilización de la última forma de la política, la violencia. Tanto en el nivel de golpadores y agresiones gangsteriles, como en la intervención de la policía y el ejército para reprimir los movimientos populares. La única defensa contra la represión es, obviamente, la fuerza de los movimientos, y ésta se cuenta en razón directa de la solidaridad que logren aglutinar tanto en el frente interno como en el exterior. En los últimos años, sin embargo, se ha visto claro que dentro de los tipos de organización que se presentaron como opciones al movimiento obrero, se produjo un desgaste que hizo cada día más difícil la manifestación de solidaridad.

### *Algunos rasgos del movimiento obrero*

A nivel general puede decirse que en el sexenio echeverrista el principal rasgo del movimiento obrero fue la espontaneidad. En diversas partes de la República, en casi todas las ramas industriales, los obreros protestaron por las condiciones de explotación. Este periodo, aunque significó numerosos fracasos, tiene la enorme riqueza de abrir cauce a la creatividad política de las masas. Las tácticas de lucha mostraron una gran diversidad y los obreros aprendieron los principios de la movilización.

Las dos demandas fundamentales

fueron por aumento del salario y por la democratización de los sindicatos. En esta lucha los primeros enemigos fueron los líderes charros, y así surgió la tercera demanda cuya finalidad fue combatir el charrismo. Pero al lado de estas reivindicaciones, los trabajadores también pelearon por la seguridad en el empleo, por mejores condiciones de trabajo, por participar en la asignación de cargas de trabajo, por el reconocimiento de sus organizaciones, etc.

También en el sexenio echeverrista numerosos trabajadores de los sectores medios cobraron conciencia de su situación de asalariados y emprendieron la lucha por la conquista de organizaciones gremiales y contratos colectivos.

La clase obrera, a lo largo del sexenio, tuvo como aliado al movimiento campesino que estalla en todo el país. También a las colonias populares que consiguen grandes adelantos en organización, aunque ambos sectores, por su debilidad, son golpeados constantemente por la represión.

A nivel político podría afirmarse que el principal problema del movimiento obrero es la dispersión y el fácil aislamiento de las luchas parciales. Pero este hecho, que fue clarificado por toda la izquierda, no ha tenido solución en las distintas opciones que se han presentado a la clase obrera.

Una de estas opciones, el Movimiento Sindical Revolucionario, planteado por los electricistas, per-

dió vigencia a los pocos años de haberla impulsado. Aunque la propuesta de formar sindicatos industriales es correcta en el terreno sindical, deja de lado la organización propiamente política del movimiento obrero. El principal problema de los electricistas es su caracterización errónea del enemigo, es decir, del Estado mexicano. Y este planteamiento, que es ideológico en principio, se convierte en graves errores en la práctica que llevaron a los electricistas a declarar la disolución de la Tendencia Democrática.

Cuando la ofensiva de los charros estaba utilizando todo su poder, la Tendencia Democrática seguía confiando en la intervención del Estado como una tercera fuerza capaz de conciliar los intereses de las dos organizaciones en pugna. Así, en la misma manifestación que aglutinó la mayor solidaridad en la historia del movimiento electricista, los líderes de la TD convocaron al Estado a solucionar el conflicto. El diagnóstico de la dirección democrática siguió distinguiendo entre el ala derecha y el ala nacionalista del gobierno, sin considerar, grave olvido, que los charros son precisamente el organismo del Estado dedicado a controlar a los obreros. La principal arma de la burguesía, y por lo tanto del Estado que la representa, es precisamente el charrismo sindical. El Estado, dado que contempla los intereses históricos y no los inmediatos de la clase burguesa, puede ejercer en determinados momentos ciertas funciones

conciliadoras. Esta afirmación no significa que el Estado esté dispuesto a sacrificar su principal arma de control. Cuando el charrismo está en peligro el Estado abandona sus tácticas conciliadoras y acude en defensa de su principal arma de combate. Fue el ejército, no simplemente golpeadores, el que impidió la huelga de la Tendencia Democrática; es decir, fue el organismo armado del Estado quien ejerció la represión.

Los dirigentes de la Tendencia Democrática mantuvieron una exagerada confianza en el posible aprovechamiento de las diferencias entre las fracciones del Estado mexicano. Así, lo que en un principio aparecía únicamente como un erróneo planteamiento ideológico, se convirtió, en la praxis, en graves errores tácticos que terminaron en una derrota para el movimiento obrero. Sobre todo al considerar que la Tendencia llevó la vanguardia de la clase obrera durante el sexenio echeverrista. Naturalmente, también las derrotas enseñan y los trabajadores electricistas están obligados a asimilar esta experiencia y a reconstruir su organización. A su favor tienen una gran combatividad de los trabajadores de base, una amplia experiencia en la organización de movilizaciones y la solidaridad, manifestada reiteradamente, de la propia clase y sus aliados.

El Movimiento Sindical Ferrocarilero también fue una organización de vanguardia, sobre todo en los primeros años del sexenio eche-

verrista. Con una larga tradición de lucha, pero también con una fuerte derrota en el pasado, los ferrocarrileros intentaron una reorganización de su movimiento. Problemática, sin embargo, resulta su situación, pues integrar la experiencia de los viejos trabajadores con los nuevos planteamientos de algunas secciones en las que participan trabajadores jóvenes no es una tarea fácil. La propia dinámica del movimiento ferrocarrilero, su pasado histórico, no sus líderes, origina una tendencia al caudillismo que es necesario evitar. Pero, justamente porque esta tendencia no se origina tanto en la actitud personal de Vallejo o de Campa, sino en el pasado del movimiento ferrocarrilero, exige una política conciente que contrarreste esta tendencia.

Al principio del sexenio las tácticas del MSF adolecieron de un error que, quizá, podría describirse como contrario al de la Tendencia Democrática de los electricistas; los ferrocarrileros iniciaron un combate frontal con los charros y, en última instancia, con el Estado. La toma de locales del sindicato exigió un gran sacrificio de los trabajadores y la represión consecuente diezmó su combatividad. Evidente, también, es la necesidad de un mayor trabajo de base que logre alcanzar permanencia y que no dependa de las giras de los líderes. En lo que se refiere a sus posibilidades como vanguardia del movimiento obrero, adolece de planteamientos claramente sectoriales que difícilmente

pueden encabezar la organización general de la clase.

El Frente Auténtico del Trabajo, la tercera organización en importancia durante el sexenio echeverrista, dirigió algunas de las luchas más notables del periodo: la insurgencia sindical de Morelos, varias huelgas del corredor de Naucalpan, la de CINSA-CIFUNSA, la de Spicer, etc. Además de los planteamientos ideológicos de la democracia cristiana que tan malos frutos ha dado en América Latina, el FAT, en México, ha privilegiado la lucha en pequeños sindicatos independientes, vale decir ha peleado por la creación de sindicatos democráticos a nivel de empresa. Más que intentar una aglutinación por ramas ha buscado las tareas de formación obrera en cada uno de los sindicatos, pero manteniendo la autonomía de las organizaciones. Aunque aglutina la solidaridad entre los sindicatos en que cuenta con influencia, no se ha planteado organizaciones que vayan más allá de los sindicatos autónomos. Ha intentado, también, y esta es una de sus fallas más graves, formar sindicatos paralelos en aquellas empresas en que hay una fuerte influencia de organizaciones del charrismo. Eficaz en la organización interna de sus movilizaciones —guardias, *volanteo*, *boteo*, comités de esposas de trabajadores, escuelas sindicales, etc, ha errado en la caracterización del enemigo inmediato. El ejemplo más claro, que llevó a una de las derrotas más fuertes del se-

xenio, fue la lucha de los trabajadores de Spicer, quienes confiaron hasta el final en la debilidad de Gómez Sada, uno de los charros con mayor influencia del país.

En cuanto a los partidos, el Comunista Mexicano ha seguido careciendo de influencia realmente fuerte en el movimiento obrero. Su participación se ha centrado en el sindicalismo universitario. Ahí, es un hecho que las primeras luchas consiguieron avances importantes; sin embargo, la aceptación de las reglas del juego de la Reforma Política ha conducido al Partido Comunista a un retroceso en la lucha universitaria. Una política en exceso sutil ha originado la caracterización de las fracciones burguesas, pero ha olvidado el quizá viejo, burdo, pero utilísimo concepto marxista de reconocer al Estado como la organización del poder de la burguesía. Los teóricos del PCM no desconocen este hecho, pero un asunto es conocerlo y otro aplicarlo en la práctica. En la dirección de la huelga de 1977 del STUNAM el principal error táctico fue olvidar este descubrimiento elemental del marxismo y confiar en el aprovechamiento de una pugna interburguesa entre la camarilla de Rectoría y los jerarcas de Gobernación.

El Partido Mexicano de los Trabajadores ha realizado una extensa labor a través de todo el país. Sin embargo, no ha logrado integrar el trabajo propiamente partidario con el trabajo al interior de la clase obrera. Su influencia sigue siendo li-

mitada entre los trabajadores, pues ha privilegiado la agitación electoral sobre la que podría desarrollarse en los sindicatos.

Finalmente, el tipo de organización que ha conseguido algunos éxitos a nivel local es el frente popular. Tanto en Chihuahua —el Comité de Defensa Popular—, como en Oaxaca —la COCEO y la COCEI—, o en Zacatecas —el Frente Popular de Zacatecas— han conseguido al menos proporcionar cobertura y solidaridad a algunos movimientos obreros. Sin embargo, este tipo de organización se enfrenta al desgaste como principal problema. La movilización constante, las cooperaciones económicas, los militantes en actividades febriles, originan un cansancio que es difícil evitar en los frentes populares. Tal ha sido el resultado en el Frente Nacional de Acción Popular que no ha logrado organizar mínimamente al movimiento obrero.

En el nivel ideológico, la burguesía ha conseguido afirmar su poder a través de instituir la ideología dominante en el interior de la misma clase obrera. Aislados de su complejidad, despojados de su desarrollo, algunos de los elementos simples de esta ideología dominante, en mi opinión, consisten en la creencia incuestionada de que existen salarios justos e injustos. Los trabajadores mexicanos se han mostrado dispuestos a discutir el monto de un salario; no se han planteado, en cambio, el debate del salario como una relación social.

Otro elemento de la ideología dominante en México es la creencia generalizada en el Estado como una tercera fuerza para dirimir los conflictos entre la burguesía y los obreros. Estos no acuden al Estado simplemente como la instancia en que se resuelven los enfrentamientos de clase, sino como un juez imparcial que resolverá conforme a derecho. De este elemento se desprende un segundo que ha ocasionado fuertes derrotas entre los trabajadores: la confianza en el triunfo para quien demuestre la razón y no la fuerza. En la lucha de clases las victorias y las derrotas se asignan según la fuerza política de los contendientes; sin embargo, los trabajadores mexicanos confían en que basta tener la razón, pelear por una causa justa, para obtener el triunfo.

Otro elemento, de larga tradición en la historia de la clase obrera mexicana, es la separación entre el sindicalismo y la política. Originada en la ideología de las asociaciones mutualistas y en la influencia del anarcosindicalismo, persiste hasta nuestros días la convicción de que la política debe excluirse de los sindicatos. Difícil de entender es la supervivencia de este elemento de la ideología dominante, cuando los movimientos en nuestro país adquieren rápidamente un carácter político que se deriva del tipo de control del movimiento obrero. El

charrismo —el control de los trabajadores por medio de organismos adscritos al partido oficial— determina que toda lucha obrera enfrente como primeras tareas la democratización y la independencia del control charro; así, la cercanía con el Estado de las organizaciones de control obrero suscita la rápida politización de los movimientos. Los trabajadores, sin embargo, continúan afirmando la necesidad de que la política no intervenga en la vida de los sindicatos.

Derivada de esta última idea es la creencia de que la represión se origina únicamente en la buena o mala voluntad de los gobernantes. En realidad, la represión se relaciona con dos tipos de determinaciones. Por una parte se ejerce cuando el movimiento clasista no puede aplacarse con una solución negociada. Además, se presenta en los momentos de debilidad de las movilizaciones. La burguesía y su Estado realizan primero una ofensiva política y después de que logran triunfos, así sean parciales, en el terreno político, sólo entonces, desatan la represión.

En nuestros días sigue siendo verdad que los principales problemas de la clase obrera son la dispersión, el aislamiento, el espontaneísmo y el bajo nivel de la conciencia de clase. Estas dificultades conforman justamente el reto para la izquierda mexicana.